

# Reclutados



N.º 3

En este número:  
LA CIUDAD OCIOSA  
cuento por  
LORD DUNSANY

*Adhurst*

# Recuerdos de Niño

por GUILLERMO LABARCA H.

## LA BARRA

**E**N todas las edades los deportes han estado inspirados por un sentimiento caballeroso y de equidad, **fair play** que diríamos los norteamericanos. Y si no, dígame Ud., ¿quién inventó el curioso procedimiento de selección de los equipos?

A **chucear!**, a **chucear!** Dos muchachos, separados por alguna distancia, avanzan colocando un pie en contacto y delante del otro. En el último instante, el que alcanzaba a pisar al adversario, vencía, y si no alcanzaba, había de averiguarse entonces si el otro pie podía cruzar el hueco dejando una huella en el suelo. Resuelto el punto, el vencedor elegía a uno, el vencido a otro y así seguían alternados hasta completar el cuadro.

Luego venían las instrucciones del jefe: tú a la cortada; tú para fulano; tú para zutano, etc.

A lo largo de una línea trazada en el suelo y dividida en dos, para cada bando, los muchachos tomaban colocación: un pie pisando la raya, el otro avanzado y mirando a los adversarios.

Uno de los equipos enviaba un hombre a **campana**, que merodeaba burlescamente a la distancia.

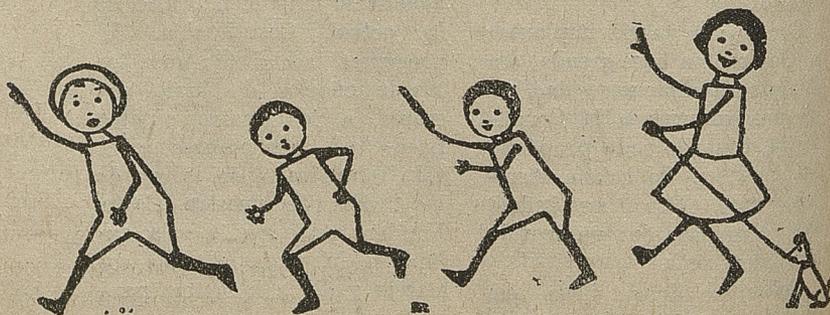
—¿Hay barra? — interrogaba un capitán.

—¿Hay barra! — respondía el otro.

Alguien partía en persecución del merodeador; del bando opuesto salía un tercero en pos del segundo; del otro lado el cuarto, que estaba asignado al anterior, y así todos, a condición de haber dejado la línea con posterioridad al otro, hasta que alguno tocaba al perseguido y éste era declarado **preso**, lo cual se proclamaba a gritos hasta detener la carrera general.

El preso tomaba colocación en un punto lejano, frente al otro partido; sus amigos debían **libertarlo**, atravesando el patio al sesgo a todo correr, mientras que los contendores trataban de **cutarlo** antes de que llegara al compañero detenido.

Y terminaba el juego cuando todos los de un bando estaban presos... si es que una disputa sobre si el apresador tenía barra o no tenía barra, se agriaba demasiado y se dirimía a trompón limpio en algún sitio estratégico donde los inspectores no pudieran **cachar**, en cuyo caso el partido se suspendía para contemplar el espectáculo, y continuaba después, tan amigos como antes.



# EL TROMPO

**D**EBE haber sido uno de los trabajos de Hércules de la infancia. ¡Qué difícil era aprender a hacerlo

bailar! Y luego saber tomarlo y, por último, acertarle a la peña. Cojerlo en el aire, antes de que cayese al suelo y dejarlo bailando en la mano, era la destreza suprema, algo casi inaudito que elevaba inmediatamente el prestigio de quien podía hacerlo.

Sangraban las manos a veces en el continuo roce con la tierra áspera, pero qué importaba aquello si con dos **puazos** maestros se lograba expulsar de la cancha la propia peña, y aún se alcanzaba a volver, corriendo, al punto de partida para rematar con un tremendo **puazo** que hacía volar asimismo la peña del adversario!

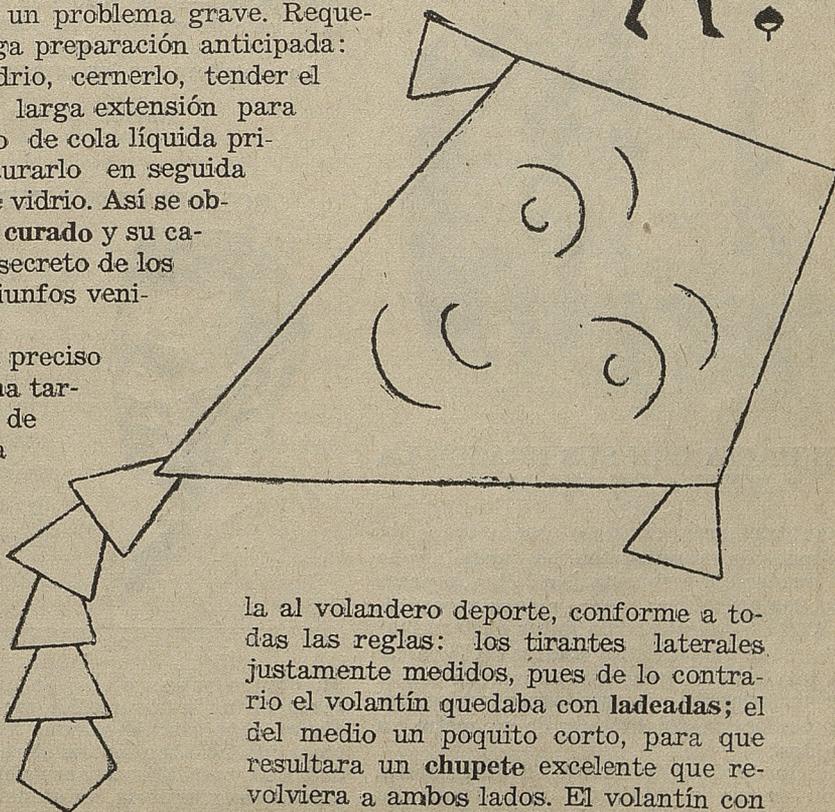
¡Las veces que perdí el postre, no muy sabroso, del Internado, jugando a la peña!...



# EL VOLANTIN

Este era un problema grave. Requería una larga preparación anticipada: moler el vidrio, cernerlo, tender el hilo en una larga extensión para impregnarlo de cola líquida primero y saturarlo en seguida con polvo de vidrio. Así se obtenía el **hilo curado** y su calidad era el secreto de los gloriosos triunfos venideros.

Después era preciso aguardar una tarde entera de asueto para consagrar-



la al volandero deporte, conforme a todas las reglas: los tirantes laterales justamente medidos, pues de lo contrario el volantin quedaba con **ladeadas**; el del medio un poquito corto, para que resultara un **chupete** excelente que resolviera a ambos lados. El volantin con  
(Termina en la pag. N.º 43).

ficiente para comer. Yo puedo hacer lo que quieran en las películas, pero Uds. no querrán que siga pasando hambres y vistiendo harapos para siempre. De todas maneras todo es falso en las películas. Y Uds. no me pueden despedir porque tengo un poco más que comer...

—No — gritó Philipp furioso. — Ud. está equivocada, mi buena mujer; queremos algo más que representación en las películas, queremos vida, realidad. Y si Ud. quiere tener una vida más fácil a nosotros no nos conviene. — Y cerrando apretadamente su boca, Philipp salió de la oficina.

—Sí — dijo Thorbege pensativo, — tiene razón, señora Drigalski. El arte es un severo capataz. Ud. tiene que escoger. Trabaje a ma-



la expresión absoluta, obscura, sin vida y sin esperanzas . . .

tarse, no evite miseria alguna pase noches sin sueño cuidando a su hijo, y la mandaremos llamar: ¿me entiende?

No. Drigalski no le entiendo; pero cuando salió de la oficina, su espalda estaba de nuevo ligeramente curvada. Se deslizó hacia afuera en completa confusión.

—¿Qué es esto? — pensaba: — me pagan para que pase hambres. Si gano bastante dinero para poder comer quieren que siga hambrienta, y si tengo bastante comida no me ocupan. Será mejor que hable de esto con Pusch. Tal vez es mejor que busque otro trabajo de aseo; aquí en el estudio todos están locos.

(Traducido especialmente para "LECTURAS", por don Carlos Silva Vildósola).

#### RECUERDOS DE NIÑO. (Viene de la pág. 36).

cola era demasiado tranquilo en el aire y no servía para las comisiones, que era la faz guerrera y deportiva por excelencia.

De aquí, de allá, de todos los sitios próximos empezaban a encumbrarse las multicolores pajaritas que se destacaban contra el cielo diáfano de alguna maravillosa tarde de primavera, balanceándose unos majestuosamente, caracoleando otros en amplios y rápidos giros que hacía crujir su papel de seda, como un desafío sonoro lanzado contra todos los demás.

Y poco a poco se aproximaban, se alejaban, tomaban posiciones, en escarceos de verdaderos espadachines del espacio, hasta que lograban cruzarse los hilos, y entonces había que alargar, alargar, alargar indefinidamente hasta que el hilo curado lograra rebanar la otra cuerda.

¡Y qué pena cuando lo echaban cortado! Con el hilo inerte en la mano y la

carita compungida, el muchacho seguía con la vista al pobre derrotado de las alturas que se iba planeando, planeando, como un pajarito herido, hasta fundirse con el lejano azul del firmamento.

¡Qué alegría más jocunda, en cambio, cuando los muchachos coligados de un barrio, lograban echar cortado al pavo enorme o a la bola mayestática que se elevaba señorialmente, como una señora gorda, con su gran cola en que relucían a la distancia las media-lunas asesinas, y mantenida por su cuerda de cáñamo de la que pendían innúmeros timbales que aprisionaban los volantines atrevidos!

Por mucho tiempo, a veces hasta por dos años, se perpetuaba en la crónica heroica del barrio, el nombre del héroe que consiguió echar cortada la bola que por tanto tiempo fuera la peligrosa e inevitable atracción de todos los volantines.